

nuestro sentir y nuestro pensar. No hay otra manera de alcanzar cierto grado de sabiduría.

Instrucción primera que una pedagogía inteligente y vitalmente robusta debiera aplicar a todos los alumnos de centros de enseñanza a partir de los diez años: leer y comentar por lo menos una vez al mes el *Fedón* platónico, con su espléndida descripción de la muerte de Sócrates. Podrían así observar esos pimpollos de hombre que se disponen a vivir, cómo un hombre puede utilizar su muerte obligada (como la de todos) para potenciar y exaltar su vida. Ésa es la lección que todos necesitamos, no la del Kempis ni la del *Sic transit gloria mundi* de Valdés Leal: la muerte como podredumbre y despojos que infectan la existencia. Sócrates la ve como un acto de vida. ¡Sublime lección! Aprender a considerar la muerte desde la vida y no la vida desde la muerte: ¿hay más alta sabiduría?

Otro soberbio ejemplo de vitalidad ante la muerte, que la Unesco debería declarar patrimonio de la humanidad: esa sanísima costumbre de los «pe-laos» mexicanos, de todo un pueblo en realidad, consistente en representar a la muerte en las múltiples facetas de la vida cotidiana, hasta en los juguetes infantiles. Costumbre que el alto poeta Luis Cernuda comenta en sus *Variaciones sobre tema mexicano* con estas instructivas palabras: «El niño entre cuyas manos la representación de la muerte fue un juguete debe crecer con una mejor aceptación de ella, estoico ante su costumbre inevitable, buen hijo de una tierra más viva acaso que otra ninguna, pero tras de cuya vida la muerte no está escondida ni indignamente disfrazada, sino reconocida ella también como parte de la vida.» ¡La muerte como parte de la vida, y no la vida como parte de la muerte! ¿En qué lista internacional de indicadores de progreso y civilización está incluida esta robusta lección de un pueblo «subdesarrollado»? A su lado, ese modelo de desarrollo y civilización que son los Estados Unidos de América es, en la relación esencial con la muerte, de un infantilismo y de una necedad que claman al cielo. ¿Quién puede civilizar a quién?

La muerte —¿lo sabemos?— es una cosa tonta y manida. Un formidable tópico. O mejor, con galicismo ya viejo: un lugar común. ¡Y vaya si es común! Primero: a él vamos todos, físicamente: es nuestro punto de convergencia universal. Segundo: en él caemos todos: es nuestra arraigada y persistente majadería. Una cosa inane como la muerte, a fuerza de darle vueltas y más vueltas con nuestra cabeza y nuestro corazón, se convierte en el Punto Omega cósmico, como decía el jesuita aquel. «Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es el morir»: admirables versos para una necedad que todos los humanos vivimos profundamente, como si se tratara de la esencia de la vida. pero no... ¿Lo sabemos? Lo sabemos. La muerte no es más que un cero a la izquierda. O, si queréis, el Cero Absolu-

to, solito y redondo él. ¿Y qué puñetas se puede decir de tan abrumadora inanidad, de tan vacuo lugar común? Hablemos de la vida, hermanos, hablemos de la vida. La muerte es irremediable, lo sabemos y lo requetesabemos. No lo es, en cambio, la cultura de la muerte. Y eso es lo que hay que combatir como la peste, esa peste que nos ha inoculado el cristianismo *eclesiástico* (el fundador se inclinaba netamente del lado de la vida). Rechacemos la enfermiza, la putrefaciente idea del vivir para morir (el *Scio me vivere ut moriar* de Petrarca, el *Sein zum Tod* heideggeriano), ese pudriero metafísico que se instala en el centro de nuestra conciencia para aguararnos la fiesta de la vida. Nuestra divisa sea vivir para vivir. Vivir para enriquecer la vida, para hacerla más hermosa y más digna. Y que el resto sea silencio, como decía Hamlet.

Nuestro supervecino el cuerpo

¿Habrase visto mayor desahogo? Me paso la vida agradeciendo a este o aquel convecino el favor (aunque sólo sea una sonrisa) que haya podido hacerme. Cumpro como puedo con la noble tarea del agradecimiento. Pero ¿cuándo me acuerdo con un mínimo de gratitud de uno de esos supervecinos a quienes les debo todo? Por ejemplo, los canales renales o la hipófisis. Decidme, amigos: ¿qué podría hacer cualquiera de nosotros sin canales renales o sin hipófisis, por no utilizar palabras mayores como corazón, pulmones o hígado? ¿Qué podríamos hacer, decidme? Kaput. Nada. Cero. Y, sin embargo, ¿cuándo nos acordamos de ellos? ¿Tenemos ni siquiera el gesto de enviarles una tarjeta de agradecida amistad por Navidad o Año Nuevo? ¡Que si quieres arroz, Catalina! ¡Názulas con queso! ¡Ahí te pudras! ¡Si te he visto no me acuerdo!... Pues ¿y qué decir de la glándula pituitaria, ese órgano extraño cuya función nunca sabemos exactamente en qué consiste, pero que todos nos sentimos la mar de orgullosos de poseer? Piense usted, mi amigo: sin mi mujer, sin mi hija queridas y adoradas, sin mis imprescindibles amigos a quienes a menudo dirijo mis afectuosos pensamientos, la verdad sea dicha, podría seguir viviendo, ¿no le parece?, por lo menos seguir adelante hacia donde ya sabemos. Pero ¿sin mi glándula pituitaria, vive Dios? ¡Fulminado, le digo a usted, fulminado! Y así sucesivamente... En resumen, que soy míseramente incapaz de agradecer su preciosísima existencia a esos al parecer anodinos, insignificantes adminículos, sin los cuales, precisamente, no podría agradecer a nadie nada. Del único supervecino íntimo de que nos acordamos con alguna frecuencia es el corazón. Pero nuestro mérito es escaso. ¿Cómo no oír al gran estrepitoso? Ya está dando él noche y día sus aldabonazos para que pare-

mos de cuando en cuando las mientes en su existencia. Pero, claro, llega un día en que Santa Bárbara truena y los humildes olvidados y preteridos aúllan un ¡Basta! retumbante y pavoroso. ¡Se acabó el «silencio del cuerpo» que dábamos por descontado! El esclavo se insurge y grita su existencia soberana. Nuestros canales renales, nuestra hipófisis, nuestra pituitaria, nuestro hígado, nuestras modestas y laboriosas células... —todos nuestros grandes acreedores, vamos—, justamente enfurruñados de nuestra indelicada altivez, saltan a la palestra, generalmente uno a uno, en ocasiones varios juntos: ¡Ya está bien de mantener gratis a este señorito piojoso e ingrato que se cree hijo de las nubes! ¡Ahora nos las va a pagar todas juntas este mal nacido! Y se las pagamos, claro. Con la noche oscurísima, al final. ¡Qué vergüenza, mi amigo! ¡Y qué tortura del alma! Porque es verdad que somos ingratos con la legión de criaturitas que nos mantienen en los límites de nuestra piel. Pero lo gordo es que, si no fuéramos esos perros ingratos, no podríamos vivir. O, de vivir, sería en un manicomio. «¡Parla, cane!», apostrofaba soberbio Miguel Ángel a su Moisés de piedra. «¡Tace, cane!» (Calla, perro), gritamos imperiosos a nuestro cuerpo. Calla para que podamos dedicar toda nuestra atención, todas las energías que te debemos, sí, que te debemos, al amor, al placer, al espíritu... ¡¡a las nubes!!

El destino que nos falta

¿Habéis pensado en que una de las malas pasadas que nos juega el destino consiste en darnos cuenta de que los acontecimientos fundamentales de nuestra vida son a menudo hechos banales, simples incidencias que pasaron casi inadvertidas y a las que nos asombra no poder conferir un sesgo trascendental? Quisiéramos que hubiera quedado marcado con la piedra blanca del deslumbramiento o con la piedra negra de lo trágico lo que nos pasó tal hora de tal día o tal día de tal año. Y resulta que cuando lo vivimos se trataba de hechos indiferentes u ordinarios que no parecían en modo alguno marcados por el destino. Luego terminamos por comprender que el destino no existe, que es sólo la estela que van dejando tras sí nuestros actos y nuestras circunstancias. Visto a posteriori, ese error de acto en acto, de circunstancia en circunstancia, se nos aparece como una línea continua, recta, quebrada o curva a trozos. Pero en el momento de vivirlos se trataba sólo de momentos, de puntos cuya significación se acaba en ellos mismos. El retrato de nuestra vida está pintado en estilo puntillista. De ahí la fascinación que nos causan esos retratos de una sola pieza y un solo trazo que son las grandes figuras trágicas como Ajax, Don Quijote o Hamlet: ellos sí tienen un destino que se desarrolla ante nuestros